

cual converjen todos los cristianos; es como betun divino, que une entre sí los corazones de los fieles; es la piedra angular que une ambos extremos (1); es la enseña gloriosa en torno de la cual se agrupan todos los fieles, adunando sus esfuerzos para llegar al término que él mismo les propone. Con razon le llama San Agustín Sacramento de la piedad, signo de la unidad, vínculo ó lazo de la caridad (2).

Acostumbraban los antiguos, para celebrar sus alianzas, ofrecer un sacrificio y celebrar un banquete sagrado, en el cual los aliados comían la carne de las víctimas; y siendo doctrina suya que, comiendo estas carnes, comunicaban con la Divinidad á quien se habian consagrado, daban á entender que ponían á Dios como lazo de union, como signo y principio, testigo y garante de la alianza, haciéndose cada parte una misma cosa con ella. Aun fuera de la religion, la gran prueba de amistad, la demostracion más frecuente de union en el mundo, es comunicarse el alimento, comer en una misma mesa y de una misma sustancia, como significando que es uno mismo el principio de vida de los amigos, y que se identifican mediante aquella comunicacion. Hé aquí lo que quiso Jesucristo en la sagrada Eucaristía: que alimentándose los hombres del mismo manjar divino, tengan el mismo principio de vida, el mismo origen de sentimientos, la misma sustancia, por así decirlo; y de este modo se enlacen y sean una misma cosa. Y Él es el único que produce este efecto. Los medios humanos de comunicacion para la comida, obran solo directamente sobre el cuerpo; la comida material no obra sobre el co-

(1) Act. Apost. IV, 11.

(2) ¡O Sacramentum pietatis, ò signum unitatis, ò vinculum charitatis! (S. August., Tract. 26 in Joann.)

razon: si algo hay en este, es por el espíritu con que aquella se celebra. En la sagrada Comunion no sucede así. Jesucristo se comunica al corazón; obra directamente sobre él; y esta obra de la caridad divina sobre los corazones, difunde la caridad en todos los que de él se alimentan. Allí es donde los hombres, á quienes enlaza la fe por la unidad de origen y de destino, se estrechan por la unidad de espíritu y de vida.

Fijad los ojos en la Sagrada Mesa: hombres de todas clases y condiciones se agrupan en torno de ella, realizando la sublime igualdad de los hombres delante de Dios, única posible. El hombre de la inteligencia y el hombre del trabajo; el que viste púrpura, y el que apenas mal cubre su cuerpo con rústica tela, todos son llamados á la vez, y á la vez concurren todos; el mismo manjar se les sirve, el mismo pan comen; á todos les dice Jesucristo: «Tomad y comed, este es mi cuerpo (1).» A todos dice: «Vosotros estais en mí y yo en vosotros; somos una misma cosa, vivimos una misma vida (2).» Esos hombres se levantan, y en santo recogimiento contemplan el amor de Dios, que en ellos ha hecho cosas grandes; y en su espíritu se forman ideas sublimes. Dios está en mí, dice el cristiano: tengo á Jesucristo en mi corazón, le siento én mi alma, se me ha dado en alimento, porque me ama; me inunda de amor; él es mi vida, él es mi todo. *¿Quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi?* (3) Recójese más en su espíritu, y espera en silencio que Dios deje oír su voz, sin ruido de palabras, allá en el fondo del corazón (4): ya la per-

(1) Matth. XXVI, 26

(2) Joann. VI, 57.

(3) Psalm. CXV, 3.

(4) Osee, II, 14.

cibe, porque no se hace esperar; y esa voz le habla, como grabando en el corazón estas palabras: «Si me amas, ama á tus hermanos; este es mi precepto: que os améis mutuamente (1).» Sí; yo amo, yo amo, responde el hombre fiel. ¿Cómo no amar, si Dios lo quiere? ¿Cómo no amar, si Dios lo pide? ¿Cómo no amar, si Dios lo manda? ¿Cómo no amar, si mi corazón está lleno del amor de Dios, que me apremia, me precisa á amar? Dirige una mirada en torno suyo, la extiende por la fe á todo el mundo, y exclama: Hé aquí hombres que también tienen á Dios en su corazón. El que ama, y por su amor se ha unido á mí, también los ama á ellos, y por amor se les ha unido como á mí. Ellos le aman, y por amor han venido á unirse á él. ¿Cómo no amaré yo á los que Dios ama, y á los que aman á Dios? ¿Cómo no me uniré á los que están unidos á Dios, como yo me siento unido? ¡O amor! ¡O caridad! O Dios-Caridad! Dios, lazo que nos unes, yo amo á los que tú amas; yo amo á los que te poseen; yo amo á los que te buscan á ti y á ti se unen. Os amo, hermanos. Somos hermanos, somos una misma cosa: unámonos, amémonos, confundámonos en un solo ser, en un solo corazón. Sea uno mismo nuestro interés, una misma nuestra gloria.

No son ideas abstractas: no son ideas de una imaginación exaltada por el misticismo: los hechos responden, y la lógica de los hechos es irresistible. Nada hay que descienda tanto al terreno positivo de la práctica, como la caridad. Los primeros fieles, dice el libro de los Actos Apostólicos, perseveraban constantes en la fracción del pan, es decir, en la sagrada Comunión; y la multitud de los creyentes era un solo corazón, una sola alma (2), y

(1) Joann. XV, 12.

(2) Act. Apost. IV, 32.

todos atendían á las necesidades de todos. Ved cómo se aman, decía Juliano Apóstata. La caridad perfecta no pertenece sino al Catolicismo; fuera de él no se encuentra, dice Voltaire. Algo hay, pues, en los Católicos, que no tienen los demás; algo que los une y les infunde la caridad. Sí, algo hay; es la Eucaristía. Dios, que por amor se da al hombre, para que el hombre ame á su hermano; Dios, que por amor se une al hombre, para que el hombre por amor se una á sus hermanos, y unidos vivan felices.

Y bien, hermanos: lamentamos el estado de división de los pueblos, y los políticos discurren en vano sobre sus causas y sobre sus remedios. Uno y otro descubre el Catolicismo. Desde que el hombre se separa de Dios, no se halla sino á sí mismo; desde que el hombre no se une á Dios, no se adhiere sino á sí mismo; á medida que los hombres se apartan de la Eucaristía, se enfrían los corazones, el egoísmo crece, la discordia aumenta, la disolución amenaza. Roto el lazo de unión, la unión es imposible. Que los pueblos vuelvan á Jesucristo; que vuelvan á alimentarse de la Eucaristía con la frecuencia y el amor que Jesucristo desea, y la vida de Dios se manifestará, como dice San Pablo, en nuestra carne, en nuestras acciones (1). Los hombres se estrecharán, se amarán, volverán á ser un solo corazón y una sola alma; y en perpétua alianza, harán desaparecer, hasta donde es posible en la tierra, los males de la sociedad. Sin caridad no hay unión; sin Eucaristía no hay caridad.

Conocemos el mal, conocemos el remedio; apliquémoslo á la sociedad enferma, y sanará. Lleguémonos con frecuencia al Altar Santo; y cada uno, uniéndose á Je-

(1) II Corinth. IV, 11

sucristo, restablezca en su corazón el imperio de la caridad, destronando al disolvente egoísmo. En la vida privada y en la vida pública; en el seno de la familia y en el seno de la sociedad, mirémonos todos como hermanos: amémonos como tales; obremos la justicia; vivamos de la caridad, uniéndonos unos á otros, sacrificándonos unos por otros. Nuestro interés sea la gloria de Dios y el bien de la sociedad: para nosotros, solo la parte que nos alcance del bien comun. De este modo seremos como un solo cuerpo en el orden de la sociedad, como un solo cuerpo en el orden de la religion, y lograremos la felicidad temporal y la felicidad eterna.

SEPTIMO SERMON.

La caridad, como donacion y sacrificio. La Eucaristia, estímulo, sosten y recompensa de esta union y sacrificio.

Mandatum novum do vobis; ut diligatis invicem, sicut dilexi vos.

(Joann. XIII. 34.)

CONTINUEMOS, Señores, nuestros estudios sobre la caridad. Es tan vasto el círculo á que se extiende, son tan hermosas y variadas sus fases, son tan felices y magníficos sus efectos, que ella sola pudiera darnos materia para todos los discursos de estos santos ejercicios. Basta decir que el Catolicismo es amor, es caridad; que esta comprende todas las relaciones del hombre con Dios, consigo mismo y con los demás hombres; más aún, que es la vida del mismo Dios (1), y el lazo que estrecha á las Divinas Personas en su unidad (2), para conocer que la ciencia de la caridad es inagotable é infinita. Ella forma la supereminente ciencia de Cristo, que ambicionaba

(1) I Joann. IV, 26.

(2) *¿Quid vero in summa et beata illa Trinitate, summam et ineffabilem illam conservat unitatem, nisi charitas? (S. Bern. Epist. 11, ad Guiconem.)*